

Crónica Literaria

Por ALONE

669646

"Chile, Una Advertencia Americana", semimemorias de Marcos Chamudes (Ed. Pec., 1972).

La batalla política, los ataques y contraataques en esa arena ardiente, el dar en ella golpes y también recibirlos para, en segunda contienda, constituirlos, sin lugar a duda, el juego favorito y la pasión dominante de Marcos Chamudes.

Por eso, desde cierto punto de vista y, después de leer su reciente obra, podemos considerarlo un hombre feliz.

Ello se le nota en el estilo.

Nunca una queja personal, ni el menor desfallecimiento, tampoco un cuidado excesivo de la frase: prosa periodística, corre desahogada por ancho cauce, raramente, intrusa de hechos, de datos, de cifras, de personas y personajes que hablan y se mueven, con una especie de ímpetu entusiasta, como si le alegrara haber padecido tanto y estuviera dispuesto a seguir padeciendo.

¡Cuántas aventuras en su agitada existencia!

No las relata punto por punto. No hace memorias íntimas con destino a la posteridad, sino como él lo advierte, semimemorias donde los acontecimientos privados, a veces privadísimos, y los públicos de alta trascendencia se van entremezclando y unas a otras se estabonan y explican.

El resultado es que no puede, una vez empezada, suspenderse su lectura.

Llamado al principio, durante su primera juventud, en el combate comunista, cuando el emprenderlo no era negocio, alcanzó rápidamente los primeros puestos, entro en la maraña de las intrigas y obtuvo una representación parlamentaria con la más elevada mayoría de votos conocida.

Si hubiera sido un fanático o un cinico, allí se hubiera quedado. No hay en el mundo capitalista posición más provechosa que la del luchador por el herético partido empujado en la redención del pueblo y el exterminio de sus explotadores. La libertad democrática los protege mejor que a sus partidarios, a éstos, en caso de irrazar, les aguarda, por lo menos, la esclavitud, castigo que la democracia liberal y el capitalismo condenan severamente, en nombre de sus principios y por su estructura orgánica, tanto como el comunismo lo ha incorporado teórica y prácticamente a los suyos. Digamos Rusia, Cuba y demás regímenes totalitarios.

Consciente como nadie del peligro, testigo y hasta actor de sus zancaranos, la pasión de la lucha pudo en Chamudes más que los temores, más que la ambición y deserció.

No quiso seguir sometido, cometió el pecado máximo, la culpa sin remisión: pensar. Ninguna religión lo perdona. La palabra hereje significa eso, pensar por cuenta propia, obedecer según su personal conciencia. Tal crimen conducía anillo a las hogueras. La civilización le aplica tormentos más refinados, empujando por una difamación tan sabiamente y con tanta conciencia aplicada como el día antes lo creaba en torno a sus fieras la consabida aureola.

Marcos Chamudes arrojó ésta desde el Congreso, renunciando a sus ventajas, derechos y prebendas; mas no para quedarse tranquilo y desengañado en su casa, sino satisfacer en la trincheira opuesta el ímpetu de su pasión, la del combate. Y solo cuando ya se veía o se preveía que el comunismo se iba a convertir positivamente en una inversión segura.

Naturalmente lo acusaron de vendido, traidor, etc.

¿Qué más se podía?

La expedición, este corte violento con el rebufo y la asfida, iba a proporcionarle el supremo placer del hombre libre, la alegría, tal vez un poco satánica de ser él mismo, de oponerse, de rebelarse, de sufrir y combatir. En suma, realizarse, obedecer a su destino.

A fin de eliminar en éste hasta la menor penumbra, toco el autor de estas semimemorias algunos detalles lindantes con la confidencia familiar necesarios para esclarecerlo. Sus padres llegaron a Chile poco antes que él naciera, allá por 1907, y establecieron una politeria que, como los negocios de otros jefes, bien manejada, prosperó. Llegó el niño a la edad escolar y empezó sus estudios en el Instituto Nacional, donde se educaban los hijos de familias que lo preferían al Colegio de los Jesuitas o de los Padres Franceses y eran algo como la izquierda de la alta sociedad. Pero aunque sus compañeros distaban de los prejuicios religiosos, no habían abandonado las de índole social y se lo hicieron sentir, ásperamente. Escribió: "Por mucho tiempo no supe por mis padres el mal que me hicieron (pag. 29). Para los niños de la aristocracia institutana, que por ser de familias liberales no eran menos arrogantes que el resto de su clase social ni menos crueles que todos los niños, yo no fui exactamente un compañero. No podía serlo, ya que, como me señalaban, era 'el hijo del peletero de la esquina'. Pero a mí, desde que yo recuerdo, nadie me ha amilamado ni doblegado en mi particular orgullo. No podría explicar por qué he sentido siempre este comportamiento, que me ha identificado con toda mi vida. El ser en este sentido distinto a mis familiares, mi madre lo atribuyó al hecho de haberme amamantado una mujer del pueblo que, cuando no tenía con quien pelearse en casa, salía a provocar a las vecinas, jactándose de que a ella nunca nadie 'le había bajado el moño'.

Esta graciosa franqueza, de que no muchos serían capaces, le permite hendir el puñón en una de las posturas más convenientes de resentimiento que, entre otras de la antigua clase dominante, ha originado su decadencia, hoy día atramada, dándose así cumplimiento a la sentencia: "el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado".

Quiénes gustan ver en las pequeñas causas el origen de los grandes efectos, pueden darse a calcular cuantas veces un saludo protector o una pregunta intencionada habría sido la semilla de frutos pomposos destinados a pudrirse y apesatar la atmósfera, desmenuzando la infección de los contagios colectivos, de las epidemias mentales.

Herido en su dignidad juvenil, obtuvo Marcos Chamudes que sus padres lo trasladaran al Intercambio Barrros Arana. Ahí respiró otro aire, descubrió el paraiso entre hermanos, saborea la misma satisfacción, sin duda, de los obreros que se reúnen en un sindicato para enfrentar y afrontar a los patronos.

"Que las diferencias de clase y las luchas que ellas provocan son grandes motores de la historia — agrega — ha sido, entre sus errores, una de las integrales verdades formuladas por Marx".

Lo estamos viendo: los pobres soportan sin amargura las caídas del hambre, no las "caídas paradas" del orgullo oligarquizo. Hacerlas bajar les compensa de todo. Este "mal de muchos", esta "tristeza por el bien ajeno", los tentantes de la demagogia los llaman "revindicaciones del proletariado, justicia social...". O bien, en lenguaje de economistas, "redistribución de la renta pública".

Humiliando más a fondo su estileta, Marcos Chamudes, que no se molesta la lengua para nombrar personas (y por ahí este libro va a levantar polvaredas) compara a su caso el de otro judío que ha asociado metódica, acelerada y drásticamente nuestros campos agrícolas, no por estar mal trabajados, ahora lo están peor, sino para bajarles el moño (y qué moño a los terratenientes, aun a los menos latifundistas, a fin de levantar el suyo "empezando de cero...").

Buscando en nuestra literatura de polémica política-social puntos de referencia para ubicar estas memorias, solo divisamos por de pronto uno que, entre muchas diferencias, como la del lenguaje, se asemeja y equivale a este la formidable "Tiranía en Chile" de Carlos Viqueza, ese explosivo, esa explosión de una conciencia pública.

"Chile, una advertencia americana" [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Chile, una advertencia americana" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile